

Antes de entrar en el análisis de temas comunes a muchos de ellos, debemos, por seguir una cronología de la literatura española, destacar la dedicación a la literatura española, destacar la dedicación a la literatura medieval de Pedro Salinas, con un libro muy valioso, ya citado al principio: *Jorge Manrique o tradición y originalidad*, de 1947. Junto a él, fueron objetos del interés de Salinas, el *Poema de Mio Cid*, sin duda por su vinculación al Centro de Estudios Históricos y a Menéndez Pidal, del que llegó a publicar una versión en versos hexadecasilabos de una gran calidad y sensibilidad. Al *Mio Cid* dedicó además varios artículos, recogidos en *La realidad y el poeta* («Reproducción de la realidad: El *Poema de Mio Cid* y un romance viejo») y en la colección de artículos *Del Cid a Sor Juana*: «El Cantar de Mio Cid (Poema con honra)» y «La vuelta del esposo (Ensayo sobre estructura y sensibilidad en el Cantar de Mio Cid)». A la literatura española medieval también está dedicado uno de los capítulos del libro de Jorge Guillén *Lenguaje y poesía*, aquel en el que se refiere a Gonzalo de Berceo: «Lenguaje prosaico: Berceo».

Como se puede advertir leyendo estos artículos, ante todo, tanto a Salinas como a Guillén, les interesa la sensibilidad del poeta primitivo, el gusto del escritor por estructurar con sensibilidad los episodios narrativos. Es como si el autor del *Poema de Mio Cid* o Berceo en sus vidas de santos o en los *Milagros de Nuestra Señora* quisieran expresar un especial lirismo, que luego culminaría en Jorge Manrique, cuando, como demostró Salinas, lograrse imprimir una decisiva originalidad a los temas amorosos y funerales que había desgastado la poesía a lo largo de una centuria anodina en lo que a lírica se refiere: el siglo XV. Para Guillén, Berceo representa un decisivo impulso en ese sentido: «Ante Berceo nada hay más próximo a las acciones normales que su interrupción milagrosa. En suma, las cosas son lo que son. De esta plenitud procede la fuerza sustantiva de visión y lenguaje con que se aploma la poesía de Berceo: orbe compacto y robusto»³¹.

No vamos a detenernos, a partir del Renacimiento, en todos y cada uno de los autores, que en diferentes artículos y trabajos fueron estudiados por los poetas del 27. Desde Fray Luis de León y Fernando de Herrera a Lope de Vega o Sor Juana Inés de la Cruz, desde Garcilaso a Soto de Rojas, la poesía de nuestros siglos de oro fue objeto primerísimo de la atención de los poetas del 27. *La antología poética en honor de Góngora*, que preparó Gerardo Diego en 1927, es fundamental para entender el espíritu en el que surge esta pasión por nuestra poesía, compartida por Salinas, Guillén, Diego, Lorca, Dámaso Alonso, etc.

Y el otro gran sector del interés por nuestra poesía lo ocupan los siglos XIX y XX. Sólo del XVIII, Meléndez Valdés (Salinas) o Cienfuegos (Guillén)

³¹ Jorge Guillén, *Lenguaje y poesía*, pág. 13.

detuvieron una atención que se centra más en la poesía que surge a partir de Gustavo Adolfo Bécquer, aunque Salinas se había ocupado de Espronceda. Pero serán sobre todo los artículos y trabajos sobre modernismo, con Rubén Darío como centro de atención, culminado sobre todo en el espléndido libro de Pedro Salinas; poetas de los primeros años del siglo XX, los Machado, Juan Ramón y los propios poetas del 27 los que ocuparán estudios y reflexiones de todos los poetas de la generación.

Hacer una relación de todas las opiniones y detallar los juicios que merecen cada uno de los escritores tratados sería empresa muy prolija. Para terminar creo más iluminador hacer referencia a cinco escritores españoles en los que casi todos los poetas del 27 han coincidido como críticos, y reflejar sus opiniones y coincidencias. Todos ellos son poetas, aunque en dos encontraremos el sentimiento de la poesía como expresión y como sensibilidad. En concreto nos referimos a San Juan de la Cruz, Cervantes, Góngora, Antonio Machado y Gabriel Miró.

No hay duda alguna de que San Juan de la Cruz despertó en los poetas del 27 un interés extraordinario. Quizá sea debido a su capacidad creadora, como poeta, de un lenguaje expresivo y singular. *Cántico* es el título que Jorge Guillén dará a su primer libro en 1928, quitándole el adjetivo «espiritual» porque lo suyo es un «cántico» al mundo real, espiritual y material, pero al mundo vital que el poeta quiso crear en su libro como un nuevo San Juan de la Cruz de la realidad.

A San Juan fueron muchas las páginas que dedicaron los del 27. Salinas prepara para Signo, en 1936, una edición de *Poesías completas. Versos comentados, avisos y sentencias, cartas*, que se reedita en Santiago de Chile en 1947. *La realidad y el poeta* contendrá también páginas muy expresivas sobre el poeta carmelita. Guillén incluye su ensayo magnífico «San Juan de la Cruz y lo inefable místico» en *Lenguaje y poesía*. Y Gerardo Diego publica en 1942, con motivo del centenario del nacimiento, su «Música y ritmo en San Juan de la Cruz». Por último, Luis Cernuda dedicará en 1941 un interesante artículo titulado «Tres poetas clásicos» a Garcilaso, Fray Luis de León y San Juan de la Cruz. Pero es Dámaso Alonso, entre los poetas de esta generación, el más entusiasta intérprete y valedor del poeta carmelita: un libro, *La poesía de San Juan de la Cruz (Desde esta ladera)*, algunas ediciones de sus obras y todo un capítulo de *Poesía española*, titulado «El misterio técnico de la poesía de San Juan de la Cruz» nos muestran una dedicación que ha arrojado mucha luz sobre el autor del *Cántico espiritual*. La relación con el cancionero de tipo tradicional por un lado y con la poesía pastoril italianizante serían, para Dámaso Alonso, las claves básicas de esta poesía tan excepcional pero arraigada a la tradición y así lo demuestra tanto en su libro como en el capítulo de *Poesía española*,

donde pone de manifiesto, además, su convicción de que la poesía de San Juan, frente a lo que se creyó poesía sumamente elaborada, está más bien ajena a toda preocupación estética, lo que le inclinará a creer en el prodigio, como una explicación de una realidad tan sublime.

Respecto al lenguaje poético, destaca Dámaso Alonso la depuración realizada por San Juan de la Cruz en relación con los hallazgos de los italianizantes, devolviendo a las palabras su sencillez, su claridad, su pureza, lo que corrobora Jorge Guillén en su trabajo. Para Salinas, la poesía de San Juan de la Cruz es «un prodigioso vuelo por las bellezas del mundo, sus perfumes y sus presencias, un vuelo en el cual el poeta pasa a través de ellas, y las rechaza, para después de empaparse en oscuridad, poder acercarse a la suprema luz»³². Guillén, por su parte, destaca en ella que «todo queda aureolado, y una misteriosa realidad se mantiene en comunicación con el primer horizonte, nocturno y diurno, y siempre humanísimo»³³. Gerardo Diego preferirá, sin embargo, la «delicada y estremecida sensibilidad musical» de San Juan y «cómo se nos ilumina a la nueva luz su belleza esencial y cómo se nos revela transparente, tras sus aguas purísimas, la maravilla de su lecho»³⁴. Y, por último, Cernuda señala que lo maravilloso «no es sólo la perfección de su obra, sino que toda esa obra, verso, comentario, aforismo o carta, fue escrita por fuerza de amor para enseñar a otros el camino del amor»³⁵.

Una mayor fidelidad si cabe encontramos en la aproximación a Cervantes, que si bien es el gran creador de la novela moderna el objeto de todas estas reflexiones, son los aspectos más poéticos del *Quijote* y, sobre todo, la poesía de Cervantes lo que más interesa a los poetas del 27. Gracias a la publicación por Ana Rodríguez Fischer de una selección de textos titulada *Miguel de Cervantes y los escritores del 27*³⁶, contamos con un volumen muy interesante que reúne, entre otros, textos de Salinas («Don Quijote en presente», «Lo que debemos a don Quijote», «Don Quijote y la novela», «La mejor carta de amores de la literatura española» y «El polvo y los nombres»), de Guillén («Vida y muerte de Alonso Quijano»), de Gerardo Diego («Cervantes y la poesía»), de Aleixandre («Una corona en honor de Cervantes»), de Dámaso Alonso («Sancho Quijote, Sancho-Sancho», «El hidalgo Camilote y el hidalgo don Quijote», «Maraña de hilos»), de Cernuda («Cervantes» y «Cervantes, poeta»), y de Manuel Altolaguirre («Don Miguel de Cervantes», «La poesía de Miguel de Cervantes»). A estos trabajos habría que añadir los discursos de recepción del Premio Miguel de Cervantes de Gerardo Diego³⁷ y de Rafael Alberti³⁸, muy cervantinos, sobre todo el de Alberti, lleno de sensibilidad y de afecto hacia la figura del habitante de Roma y luego cautivo que fue Miguel de Cervantes.

³² Pedro Salinas, *Ensayos completos, vol. I, pág. 241.*

³³ Jorge Guillén, *Lenguaje y poesía, pág. 78.*

³⁴ Gerardo Diego, *Crítica y poesía, pág. 47.*

³⁵ Luis Cernuda, *Prosa completa, pág. 756.*

³⁶ Ana Rodríguez Fischer, *Miguel de Cervantes y los escritores del 27, Anthropos, Barcelona, 1989.*

³⁷ Gerardo Diego, «Discurso en la entrega del Premio Cervantes 1979», en Gerardo Diego, *Premio Miguel de Cervantes 1979, Anthropos/Ministerio de Cultura, Madrid, 1989, págs. 65-72.*

³⁸ Rafael Alberti, «Discurso en la entrega del Premio Cervantes 1983», en Rafael Alberti, *Premio Miguel de Cervantes 1983, Anthropos/Ministerio de Cultura, Madrid, 1989, págs. 55-70.*

La valoración que hace Ana Rodríguez de la confluencia de todos estos trabajos (junto a otros de Ayala, Bergamín, Chacel, Serrano Poncela y Zambrano) parece correcta, y la lectura de su introducción y su antología de textos nos va a ahorrar nuevas reflexiones. En efecto, la recopiladora destaca, como hemos venido haciendo nosotros, el interés de los poetas por lo más poético de Cervantes, desde luego en consonancia con sus propias tendencias críticas. Por eso no nos puede extrañar que se entreguen — como anuncia Rodríguez Fischer— «a la búsqueda del Cervantes poeta, ignorando el silencio o desvío de la crítica, ignorando los puntos de vista «viciados» por las opiniones de los contemporáneos de Cervantes o incluso por los juicios del propio autor»³⁹. Y por eso tampoco nos puede llamar la atención que Salinas extraiga del episodio de los rebaños tomados por ejércitos, conclusiones sobre su capacidad de transformar la realidad y sublimarla. «Así trabaja el poeta», concluye firmemente Salinas ante la voluntad cervantina de crear una nueva realidad en la que queda para siempre la «huella de un amor»⁴⁰.

Muy brevemente, siguiendo la cronología, tenemos que hacer referencia al tema preferido de los poetas del 27: Góngora y el gongorismo. Fue Gerardo Diego el que ideó la conmemoración del centenario, en el que todos participaron con la programación incluso de una serie de ediciones, de las que sólo vieron la luz la *Antología poética en honor de Góngora* de Gerardo Diego, la edición de los *Romances* de José María de Cossío y la de las *Soledades* a cargo de Dámaso Alonso. Será precisamente el ilustre filólogo la persona que ha dedicado más trabajos, estudios críticos y eruditos, comentarios de texto, análisis estilísticos y ediciones a don Luis de Góngora. En su edición de *Obras completas* serán tres los volúmenes dedicados a Góngora y al gongorismo y entre sus libros más considerados por la posteridad, varios de ellos tendrán al poeta cordobés como protagonista: *La lengua poética de Góngora*, *Estudios y ensayos gongorinos*, *Góngora y el «Polifemo»*, etc.

Pero también los otros poetas de la generación mostraron su interés por el poeta cordobés, perceptible tanto en su propia poesía, en momentos muy concretos de su trayectoria literaria, como a lo largo de trabajos como críticos literarios: Salinas, en «La exaltación de la realidad (Luis de Góngora)», incluido en *La realidad y el poeta*; Jorge Guillén, en «Lenguaje poético: Góngora», perteneciente a *Lenguaje y poesía*; Gerardo Diego, en «Un escorzo de Góngora» y «Nuevo escorzo de Góngora» en *Crítica y poesía*; Vicente Aleixandre en «Con don Luis de Góngora», integrado en los *Nuevos encuentros*; Federico García Lorca, en su conferencia *La imagen poética de don Luis de Góngora*; y, por último, Luis Cernuda, en sus apuntes para un trabajo sobre *Góngora y el gongorismo*, de 1937.

³⁹ Ana Rodríguez Fischer, op. cit., pág. 3.

⁴⁰ Pedro Salinas, *Ensayos completos*, vol. III, pág. 97.